

la naturaleza y desarrolla nuestras facultades hácia el bien bajo la accion plena de la libertad.

No insistiremos por lo mismo en demostrar aquí la insuficiencia de la naturaleza sola, y ménos cuando ya en otra parte <sup>1</sup> hemos dado sobre esto una demostracion completa, que tendrá su complemento en el capítulo XII, donde hablaremos de la necesidad de la gracia. Pero si manifestaremos que, concurriendo una y otra, las virtudes, no solo son posibles, sino fácilmente realizables en toda la perfeccion de que el hombre es capaz bajo este doble influjo: tal es el objeto de los capítulos siguientes.

### CAPITULO IX.

#### EXISTENCIA, ACCION Y EFECTOS DEL PODER SOBRENATURAL.

Para hablar sin rodeos, comenzaremos por advertir que comprendiéndose todo este órden en la palabra *gracia*, tomada en su acepcion mas general, á ella nos referiremos constantemente al dilucidar esta delicada materia, para dar á la cuestion propuesta una solucion afirmativa. Mas á fin de que nuestros lectores tengan una idea completa de la significacion de una palabra, de la extension de la idea que ella representa, y preparar nosotros nuestras pruebas, oigamos lo que dice Bergier en el artículo respectivo de su Diccionario teológico.

1 Todo el libro sexto de la obra precedente, que lleva por título: *Estudios fundamentales sobre el hombre*, puede considerarse como una demostracion continua de la insuficiencia del poder puramente natural para realizar por sí la grande obra de la perfeccion, formando en el hombre y conservando tambien el hábito de todas las virtudes. En la seccion primera, que tiene por título: *Influjo del pecado original en los destinos de la filosofia*, hemos presentado las inducciones con que puede probarse el hecho sin salir de la filosofia, hemos analizado este hecho, descubierto sus causas, enumerado sus efectos, hecho patente su influencia en los destinos del género humano, y demostrado tambien, á la luz de la historia y de la filosofia, la necesidad de un Mediador. Esto equivale á una demostracion indirecta de la necesidad que el hombre tiene de apelar á recursos sobrenaturales para que sus facultades naturales se desenvuelvan sin obstáculos invencibles en el sentido de la virtud tomada en toda su extension. A esta obra, en el lugar citado, remitimos á nuestros lectores, para excusarnos aquí de dar mayor amplitud á la exposicion de la materia.

“*Gracia*. Esta palabra, tomada en general, significa un don que Dios concede á los hombres por pura liberalidad, y sin que hubiese precedido mérito alguno por su parte, bien sea que mire á la vida presente, ó que se refiera á la vida futura.”

“Los teólogos distinguen primeramente las *gracias* del órden natural de las *gracias* sobrenaturales. Por las primeras entienden las que nos vienen del Creador, como la vida, la conservacion, las buenas cualidades de alma y cuerpo, como un entendimiento recto, un gusto é inclinacion natural á la virtud, unas pasiones en calma, un fondo de equidad y rectitud, &c. Pero no son estas las que se llaman *gracias* con propiedad, aunque sean beneficios que merecen nuestro reconocimiento. Los pelagianos usaban de un equívoco llamando *gracias* á los dones naturales.

“En el órden sobrenatural se entienden por *gracias* todos los auxilios y medios que pueden conducirnos á la vida eterna: de estas hablan principalmente los teólogos cuando tratan de la *gracia*. Y en este sentido la definen en general, “un don sobrenatural que Dios concede gratuitamente por los méritos de Jesucristo á las criaturas racionales para conducirnos á la vida eterna. Esta definicion se aclarará mas y mas, distinguiendo las diferentes especies de *gracia*, añadiendo á cada una de ellas las convenientes reflexiones.”

“Se dividen primero en *gracias* interiores y exteriores. En estas se comprenden todos los auxilios externos que pueden mover al hombre á hacer bien, como la lei de Dios, las lecciones de Jesucristo, la predicacion del Evangelio, las exhortaciones, los ejemplos de los santos, &c. Los pelagianos no reconocian sino esta especie de *gracia*, ademas de los dones naturales de que hemos hablado. La *gracia* interior es la que mueve interiormente al hombre, inspirándole buenos pensamientos, santos deseos, piadosas resoluciones, &c. Cuando se dice en la Sagrada Escritura que Dios maneja los entendimientos y los corazones, que los cambia, los convierte, los abre y les da la voluntad, &c., esto no puede entenderse de una operacion puramente exterior. Por otra parte, sentimos por nuestra propia experiencia que Dios nos inspira pensamientos y deseos que no vienen de nosotros mismos.”

“Segundo. Entre los dones sobrenaturales hai algunos que se conceden directamente para utilidad y santificacion del que los recibe: los auxilios interiores que acabamos de explicar, todos son de esta especie. Los hai tambien que se conceden principalmente por la utilidad de los demas, co-

mo el don de lenguas, el espíritu profético y el poder de hacer milagros. Estos dones en nada contribuyen á la santidad del que los tiene; pero le hacen mas capaz de trabajar con fruto por la salvacion de sus hermanos. Llamen los teólogos á los dones de esta especie *gracias gratis dadas*, y llaman *gracias gratum facientes* á los otros dones sobrenaturales, porque todo beneficio que puede hacernos mejores, tiende tambien á hacernos mas agradables á Dios."

"Tercero. Se divide tambien la *gracia* en actual y habitual. Esta segunda se llama tambien justificante y santificante, y se concibe como una cualidad que reside en nuestra alma, que nos hace agradables á los ojos de Dios y dignos de la felicidad eterna; contiene tambien las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo; es inseparable de la caridad perfecta, y permanece en nosotros hasta que nos priva de ella el pecado mortal."

"Entienden por *gracia* actual una inspiracion pasajera que nos inclina al bien, una operacion de Dios que ilustra nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad para hacer buenas obras, cumplir nuestros deberes, y superar las tentaciones. Esta es la especie de *gracia* de que se trata en las disputas que dividen á los teólogos sobre esta doctrina."

"Cuarto. Como desde el pecado de Adán quedó nuestro entendimiento oscurecido por la ignorancia, y nuestra voluntad debilitada por la concupiscencia, sostienen los teólogos que para hacer un bien sobrenatural, no solamente necesitamos que Dios ilustre nuestro entendimiento con una iluminacion repentina, sino que tambien excite y mueva nuestra voluntad con una mocion indeliberada. La *gracia* actual consiste en estos dos puntos. Algunos teólogos piensan que Adán ántes de su pecado solo necesitaba de la primera, y la llaman *gracia* de salud ó dada al sano; llaman *gracia* medicinal á la que reúne los dos auxilios de que el hombre necesita en la actualidad. San Agustín sostiene la necesidad de la última contra los pelagianos."

"Quinto. Si consideramos el modo con que la *gracia* obra en nosotros; si nos previene se llama *gracia* preveniente ú operante; si obra con nosotros ó de acuerdo y punto con nuestra operacion, ó nos auxilia para concluirla, se llama cooperante ó subsiguiente."

"Sexto. La *gracia* actual y operante se divide en eficaz y suficiente. La primera es la que obra cierta é infaliblemente el consentimiento de la voluntad, y por consiguiente el hombre nunca la resiste, aunque en realidad puede resistirla. La segunda es aquella que da á la voluntad bastante

fuerza para obrar el bien, aunque el hombre puede resistirse á ella, y efectivamente se resiste muchas veces, haciéndola *ineficaz* por su resistencia."

"Como la naturaleza de la *gracia*, su operacion y su concordia con la libertad del hombre, con nada puede compararse exactamente, son verdaderos misterios; por consiguiente, no es extraño que queriendo los teólogos explicarlos, formen contrarios sistemas, y tal vez aun caigan en errores groseros."<sup>1</sup>

Para proceder con entera seguridad á demostrar la verdad que nos hemos propuesto por objeto final en el presente opúsculo, es necesario ante todo tirar la línea que divide lo dogmático de lo filosófico. No es de nuestro propósito entrar en esas investigaciones teológicas donde tantas veces se ha estrellado la fe de los sabios; no queremos definir exactamente la naturaleza intrínseca de la *gracia*, ni mémos descubrir y analizar su accion misteriosa sobre el mundo moral. Bástanos mostrar su conjunto, su historia, su accion general; bástanos contraponer á los esfuerzos puramente naturales los recursos sobrenaturales que se manifiestan á toda luz, que se dejan sentir de todo aquel que no está dominado por la pereza del espíritu, la ceguedad de la inteligencia y el escepticismo del corazón. Bástanos, repetiremos, la definicion y divisiones de la *gracia* consignadas en el Diccionario de Bergier y generalmente recibidas entre los teólogos ortodoxos y los filósofos católicos, para salir adelante en el empeño que hemos contraído al escribir este opúsculo. Sin traspasar pues los límites que nos prescriben los referidos antecedentes, procederemos á demostrar filosóficamente: primero, la existencia de la *gracia*; segundo, la necesidad de la *gracia*; tercero, la suficiencia de la *gracia*; cuarto, la universalidad de la *gracia*, teniendo cuidado de extender nuestra demostracion á los dos órdenes que admite, esto es, á las *gracias* naturales, ó sean los beneficios de Dios, y á las *gracias* sobrenaturales, ó sea la *gracia* propiamente dicha.

Mas ántes de entrar en materia debemos advertir, para eliminar desde el principio una ligera dificultad, que aunque á primera vista la materia que nos ocupa, resiste al simple raciocinio, realmente no es así. ¿Por qué? No porque el raciocinio fuera capaz por sí solo de alumbrar esta region misteriosa que nos descubren los dogmas católicos, pues decir esto sería un error, una verdadera herejía, siendo claro que si Dios no se hubiese dignado hablar, el mundo no habria

<sup>1</sup> Diccionario de Teología, art. *Gracia*.

salido nunca de las tinieblas á pesar de los filósofos; sino porque, supuesta la revelacion que por la evidencia de sus motivos ha sido tambien del resorte de la filosofía, esta pudo ya sin inconveniente alguno avanzar infinitamente en su marcha, digámoslo así, y esto es precisamente lo que distingue y caracteriza las dos filosofías; la racionalista siempre hipotética en los grandes objetos de la revelacion, y la católica siempre histórica y demostrativa, aun cuando lleva sus procedimientos á la exposicion de los dogmas, á la demostracion de las verdades reveladas.

Sábía y oportunamente se ha distinguido el *sobre* y el *contra* en materia de razon; y esta distincion, que por algunos siglos limitó sus efectos á combatir á los filósofos que pretendian autorizarse contra la fe con el pretexto de no comprender sus objetos; en los tiempos actuales sirve tambien para demostrar que todo lo que no es contrario á la razon, es objeio lícito de ella en cuanto puede alcanzar. Lo que está sobre la razon, nunca podrá bajar á su nivel por los esfuerzos de ella misma; pero cuando baja por beneficio de Dios, por medios sobrenaturales que no dependen del hombre, este solo hecho hace que la razon pueda extender y dilatar su mirada mas allá de lo que podria en otro caso. Antes que la revelacion se hiciese, la razon podia conjeturar, errar, disparatar y columbrar en confuso algunas de sus verdades; pero una vez hecha la revelacion, la razon la ve, la reconoce con su criterio, la estudia, se fecunda en ella: á medida que progresa, se reducen sus tinieblas, se allanan sus dificultades, desaparecen sus obstáculos: entónces halla pruebas á cada paso, le brota la luz de todas partes, no puede agotarse en su fecundidad: se asocia con la teología, y ya veis elevándose al rango de esta los objetos puramente naturales, ya descendiendo al dominio de aquella los objetos sobrenaturales, aunque sin resignar sus títulos, abatir su gerarquía, ni cambiar de naturaleza. Hecha pues esta explicacion, procedamos á exponer las pruebas filosóficas de estas verdades: primera; la gracia existe: segunda; sin ella nada puede el hombre relativamente á su destino: tercera; con ella lo puede todo en orden á su felicidad eterna, y por tanto á su perfeccion moral: cuarta; la accion de la gracia es universal.

## CAPITULO X.

## EXISTENCIA DE LA GRACIA.

La creacion y la conservacion del hombre son dos grandes hechos que abraza la historia de la gracia en el orden puramente natural. El hombre no habria existido jamas, si no hubiera sido creado; no habria sido creado, si Dios no existiese, ó existiendo, no hubiese querido espontáneamente sacar al hombre de la nada. Dios creó al hombre: he aquí un hecho en que se hallan enteramente de acuerdo la revelacion y la razon, la teología y la filosofía, la inteligencia y la fe. He aquí la primera gracia natural. Dios creó todas las cosas que existen, para beneficio del hombre, el universo todo: he aquí otro hecho sobre que están de acuerdo igualmente la revelacion y la razon, y una gracia tambien, aunque natural, pues que sin el auxilio de los otros objetos, el hombre pereceria. Considerado el orden puramente natural, Dios quiso que el hombre se propagase por la generacion de la especie, y á fin de que esta grande idea tuviese una garantia completa en la naturaleza misma, grabó en el corazon esos sentimientos indelebles é intensos del amor conyugal, del amor paternal, del amor filial, del amor fraternal, los cuales en el orden de la naturaleza vienen á ser como el alma que anima el cuerpo de las familias. He aquí un tercer orden de gracias naturales que solo dejan de existir en la depravacion absoluta, en la barbarie completa, esto es, en la muerte moral de la naturaleza.

Dios conserva al hombre y á todos los seres que creó para el hombre; he aquí un hecho que debe reconocer todo el mundo á la vista de lo existente; porque si los seres de que se trata, no son entes necesarios, no son dioses que existan por la necesidad de su naturaleza, claro es que la continuacion de su existencia presupone una fuerza conservadora superior á los seres mismos, y esta fuerza conservadora, que no es sino la accion consecuyente de la bondad del Criador, manifiesta un orden de beneficios de mui alta estima, sin salir por esto del orden de la naturaleza. Ellos bastarian, en defecto de otras de mas elevada gerarquía, para humillar al filósofo soberbio, que no desdeña la revelacion y el misterio religioso sino por independerse del cielo: porque no puede dar un solo paso sin sorprender la cadena con que Dios liga los mundos, ni echar á ninguna parte sus ojos, sin ver colocada la mano de Dios sobre la misma naturaleza; pues

esta es por sí sola un argumento vivo de la existencia de esa accion liberal, fecunda, constante y divina que revela una Providencia de Dios sobre los hombres, aun en el órden de lo puramente creado. Pero dejemos este órden, para entrar con la meditacion en ese mundo invisible pero palpable donde se hace sentir constantemente el Dios escondido, el Dios de los misterios, desarrollando su inmenso poder sobre todo el hombre relativamente á sus destinos inmortales: vengamos á la gracia propiamente dicha, á la gracia que realiza la felicidad eterna.

Las gracias exteriores, es decir, todos los auxilios externos que pueden mover al hombre á hacer el bien, de manera que labre su felicidad eterna por la práctica de la virtud, tienen no solamente la prueba metafísica, sino tambien la prueba física y material; tienen una institucion antigua, constante, permanente y universal, y por testigos á todos los hombres. La lei de Dios, las lecciones de *Jesucristo*, la predicacion del Evangelio, las exhortaciones, la vida ejemplar de esos hombres á quienes la Iglesia no ha colocado en el catálogo de los santos, sino porque, acrisolando su vida en todas pruebas, los ha reconocido como unos modelos perfectos de virtud; todas estas cosas son tan visibles, que sus pruebas se identifican con las de la historia misma en todas sus ramificaciones, y principalmente en sus dos grandes categorias, de lo pasado y de lo contemporáneo. No debemos, por tanto, insistir demasiado en una prueba innecesaria bajo todos aspectos por lo que acaba de decirse. Vengamos pues á la gracia interior.

Esta tiene por pruebas el sentimiento, la tradicion y la autoridad. La gracia interior, esto es, la que mueve interiormente al hombre, inspirándole buenos pensamientos, santos deseos, piadosas resoluciones, &c. &c., es una cosa de que puede dar testimonio cualquier hombre de mediana razon, que habiendo advertido lo que pasa en el fondo de su alma, revele con sinceridad sus propios sentimientos. ¡Quién durante su vida no ha sorprendido, aun en el sueño mismo en que le sepultan los placeres delincuentes, y hasta en el torbellino de las pasiones mas agitadas y feroces, esa voz interior y solemne que protesta contra el vicio y clama por los fueros y los derechos de la virtud! El remordimiento del crimen, el ascendiente de la virtud, la inclinacion hácia el bien, serian palabras sin idea, voces de mentira, invenciones inexplicables, si no viviesen dentro del hombre mismo el agente que tiende á precipitarle, y el ser misterioso que esforzándose para retraerle del mal, quiere salvarle á toda

costa. Raro ha de ser el monstruo que alguna vez en su vida no haya sentido aparecer en su corazon algun sentimiento noble, algun estímulo digno que le impeliere á la virtud. Mas estos sentimientos, que no han faltado al hombre en ninguna época del mundo, han venido á ser históricos y comunes en los tiempos del cristianismo. Toda su historia puede reputarse como la de los efectos de la accion interna de la gracia en el hombre; accion sin la cual serian de todo punto inexplicables los hechos mas gloriosos, las vidas mas ilustres, las transformaciones mas estupendas que tantas veces ha sufrido el corazon humano.

La tradicion está representada en ese comercio recíproco de sentimientos que han venido á revelarle toda la historia del mundo interior. Los siglos trasladan sus experiencias á los siglos, los hombres á los hombres, y no hai cosa de mas fácil demostracion que la existencia tradicional de esta gracia interna que mueve hácia la bienaventuranza el corazon humano. La historia está llena de sucesos que no reconocen otro principio. Abrid sus páginas; buscad el origen de tantas conversiones insignes que hacen la gloria del reino de *Jesucristo* sobre la tierra. ¡Por qué incomprendible magia un Saulo queda repentinamente transformado en un Apóstol, un heresiarca en un luminar de la Iglesia católica en la persona de Agustin, y un militar divagado, hijo de Loyola, en un modelo perfectísimo de virtudes, en el padre espiritual de una generacion de santos, en el gefe ilustre de una familia inmensa que dió la vuelta al globo llevando á todas las naciones la fe y la gracia de *Jesucristo*? ¡Por qué! Por una inspiracion interna, por una voz divina que pronuncia en el corazon el *hasta aquí* de una época de divagacion y de crimen, y el principio de una época de recogimiento y santidad. No multiplicaríamos los ejemplos, porque seria necesario transcribir casi toda la historia de la Iglesia, é interpelar á los millones de hombres que descansan en los sepulcros ó habitan la tierra.

En cuanto á la autoridad de la Iglesia, está probada en todos los criterios, y sus testimonios acerca de este punto han venido pasando por todos los siglos.

Entre los dones sobrenaturales hai unos que se reciben para solo edificar á los demas, y hai otros que tienden á la santificacion del que los posee. De estos últimos acabamos de hablar; y en cuanto á los primeros, que llevan el nombre de *gracias gratis dadas*, como son el don de lenguas, el espíritu profético, el poder de hacer milagros &c., son hechos consignados en la Escritura Santa, cuya verdad y divinidad

están probadas filosóficamente, como se ha visto en el sétimo libro de la obra precedente: por lo mismo, no nos ocuparemos aquí en demostrar directamente la existencia de esta especie de gracias.

En cuanto á la gracia actual y habitual, tampoco necesitamos de hacer una nueva demostracion, porque estas especies no miran á la sustancia, sino á la forma ó diverso modo con que la gracia se conserva en el hombre. Sin detenernos pues en pruebas de pomenor, concluirémos este punto exhibiendo una prueba general sobre la existencia de la gracia. Esta prueba bastará por sí sola para fecundar el talento en una materia de tan grande importancia; pero ella tiene una extension considerable que demanda ser expuesta con toda separacion, y le consagraremos por lo mismo todo el capítulo siguiente.

## CAPITULO XI.

### PRUEBA GENERAL SOBRE LA EXISTENCIA DE LA GRACIA.

“El hombre ha sido elevado por el Creador á un órden sobrenatural que se reasume en estos tres términos rigurosamente correlativos, los cuales contienen como en germen todo el dogma católico de la gracia: primero, el fin último y eterno señalado al hombre consiste en la union íntima con Dios por la vision intuitiva y por el amor beatífico; segundo, el hombre recibe como un medio indispensable para llegar á este fin, un don que le hace desde esta vida participante de la naturaleza divina: tercero, este fin y este medio no son ni pueden ser tampoco el derecho natural de algun ser creado.”

“Una doctrina tan elevada y que señala al hombre tan alto destino en esta vida y en la otra, necesitaba sin duda de pruebas irrecusables; porque el hombre debía creerla, y lo que es mas, convertirla en regla constante de su conducta.”<sup>1</sup>

#### I.

La primera de estas verdades ha sido demostrada en el libro tercero de la obra precedente. Por una serie de racio-

<sup>1</sup> Encyclopédie catholique, répertoire universel et raisonné, des sciences, des lettres, des arts et des métiers. Art. *Grace*.

cinios llegamos á manifestar que Dios es el fin del hombre, y siendo su fin, lo ha de ser de la manera mas conforme á la naturaleza divina y á la naturaleza humana.

El Génesis nos suministra una verdad histórica, y la lógica nos conduce desde el hecho á una verdad filosófica. ¿Cuál es la verdad histórica? Que Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza. Esta verdad histórica no puede ser probada sino por el criterio del libro que la contiene, porque los hechos no se prueban sino en el criterio histórico. Ahora bien, en el sétimo libro de la obra precedente demostramos lógicamente la autenticidad, verdad, divinidad é integridad de los Libros del Antiguo y Nuevo Testamento: uno de estos es el Génesis, y en él se halla terminantemente referido, que Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza. Si pues la mas escrupulosa filosofia no puede bajo ningun aspecto desechar este punto de partida para la demostracion, claro es que nosotros estamos en el caso de proceder á la nuestra, discurriendo sobre el hecho referido, sin el menor inconveniente.

Si Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza, es porque le hizo para sí, y por consiguiente, basta saber que el hombre ha sido hecho á imagen y semejanza de Dios, para reconocer en este Ser divino el fin de la existencia humana como un hecho de la mas forzosa consecuencia; pues lo repetiremos de nuevo, el fin de cada cosa es aquello para lo cual ha sido hecha, y la filosofia no tiene otro medio de saber para qué ha sido hecha cada cosa, que el exámen detenido de su propia naturaleza, esto es, el saber cómo ha sido hecha esta misma cosa. ¿Cómo ha sido hecho el hombre? A imagen y semejanza de Dios: luego el hombre ha sido hecho para Dios: luego Dios es el fin del hombre.

Esta imagen y semejanza determinan con maravillosa exactitud, no solo la consecuencia lógica que acabamos de establecer, sino tambien (nótense estas palabras) la manera única con que dicho fin puede realizarse. Ahora bien, todas las facultades humanas vienen á refundirse, como ya lo hemos demostrado, en el entendimiento y la voluntad: luego en este órden mismo Dios es el fin del hombre: luego la realizacion de este fin se ha de verificar precisamente en el órden del entendimiento y en el órden de la voluntad. ¿A dónde tiende el entendimiento? á la vision interna. ¿A dónde tiende la voluntad? á la posesion y goce de lo que desea. ¿Cómo puede ser Dios objeto del entendimiento en clase de último fin! Mostrándose al alma en sí mismo, de manera que no le queden á ésta ya tinieblas que disipar ni hori-

zontes que descubrir: he aquí la vision intuitiva de Dios. ¿Cómo puede ser Dios objeto de la voluntad bajo el carácter de último fin! atrayéndola á una union perfecta, pura, inmortal, esto es, haciendo que se consume en la eternidad el gran misterio de amor que ocupaba la voluntad en el bien. Una posesion de esta clase, que hace toda la felicidad del alma, que llena todas las aspiraciones de la voluntad, que excluye todo otro deseo, que no ha de acabar nunca: he aquí el amor beatífico. Luego partiendo de los hechos consignados en los libros santos, y mui particularmente del que nos revela nuestra naturaleza y origen, puede figurar en la ciencia como una demostracion lógica, que el fin último y eterno del hombre consiste en la union íntima con Dios por la vision intuitiva y el amor beatífico.

## II.

Hemos dicho, en segundo lugar, que para tocar el último fin tal como acaba de exponerse, ha recibido el hombre un don que le hace aun desde esta vida participante de la naturaleza divina. Esta proposicion, cuyos términos enunciativos podrian alarmar de pronto al filósofo, aparecerá mui natural y eminentemente filosófica con solo una sustitucion de términos que no alteren en lo mas mínimo el fondo de la idea. Dirémos pues, que el hombre para lograr el fin de que se trata, cuenta con medios suficientes y análogos. Sin medios suficientes, habria inconsecuencia entre el pensamiento y la conducta del Creador. ¿Por qué! Porque crear al hombre para cierto fin y rehusarle los medios, seria una manifiesta inconsecuencia; y como esto es esencialmente incompatible con la naturaleza y atributos de Dios, no hai medio entre el ateismo ó el reconocimiento palmario de esta verdad.

Mas no basta que los medios sean suficientes: es preciso que sean análogos, esto es, que estén filiados en la idea del bien. Recuérdese que este fin es la posesion de Dios, que su forma es la vision intuitiva y el amor beatífico de la divinidad; que su existencia es, no la aparicion repentina é inopinada de una cosa heterogénea, de una cosa aislada, de una cosa que no se espera, sino la consumacion de una obra que se ha trabajado en la vida. Luego es necesario que el fin esté bosquejado, por explicarnos así, en la forma de los medios, que sea de su mismo género; es necesario que los medios sean naturales, propios y eficaces. Es así que, donde no hai analogía no hai naturalidad en la relacion, propiedad en

la aplicacion, ni eficacia en el resultado: luego los medios deben ser análogos. Hai mas, los medios están representados en el desarrollo de la naturaleza humana relativamente á su fin: es así que esta naturaleza representa la imagen y la semejanza de Dios en la tierra: luego su desenvolvimiento hace que el hombre en su accion, en su conducta, se asemeje tambien á Dios. Luego está visto que de Dios recibe el hombre, para tocar á su fin último, medios suficientes análogos, ó como al principio deciamos, un don que le hace desde esta vida participante de la naturaleza divina.

Mas debemos precavernos aquí contra un peligro á donde al parecer nos empuja la misma demostracion. ¿Cuál! El creer que este don que nos hace participantes de la naturaleza divina, es meramente natural, es la misma naturaleza desarrollándose sin esfuerzo. No: tengamos presente que se trata, no de lo que la naturaleza puede por sí misma, sino de lo que necesita y posee para tocar á su destino; cosa que se conoce desde luego con solo fijarse en los términos de nuestra demostracion. Hemos dicho que ha recibido los medios; y si nos servimos de su naturaleza, es precisamente para manifestar que, siendo esta la imagen y semejanza de Dios, necesita recibir de Dios mismo medios análogos, adecuados, correspondientes á ese gran tipo, esto es, medios sobrenaturales. Bastaba una ligera observacion sobre la naturaleza humana y las fuerzas que suponen las altas virtudes del cristianismo, para reconocer que la necesidad de un orden sobrenatural viene desde el origen del hombre, es una consecuencia forzosa del mismo orden natural.

## III.

Demostrado el fin y los medios, lo queda igualmente la existencia de la gracia. Esta, como su mismo nombre lo indica, es una cosa rigurosamente gratuita; porque sin duda alguna seria el mayor de todos los absurdos imaginar que el hombre, ente contingente, creatura, ser limitado bajo todos aspectos, poseyese algun derecho sobre Dios. No tiene ningun derecho, y por consiguiente cuanto recibe es rigurosamente gratuito. Sin embargo, la gratitud de la gracia es uno de los puntos que abraza la demostracion teológica, porque es uno de los dogmas combatidos por los herejes; mas como nuestro libro toca la teología sin penetrar á su fondo ni perder su carácter filosófico, no nos ocupáremos en una demostracion especial, y dando por supuesta la verdad que podria ser su objeto, pasemos á los otros puntos.

## CAPITULO XII.

## SOBRE LA NECESIDAD DE LA GRACIA.

Cuando Jesucristo, personalizando en sí mismo la gracia, decía á sus discípulos: *Sin mí nada podéis*,<sup>1</sup> reasumia en esta concisa expresion toda la naturaleza humana, todo el poder divino, toda la historia. Al cabo de cuarenta siglos, cuando la impotencia moral del hombre fué ya un hecho consumado y reconocido, aquellas palabras históricas y proféticas al mismo tiempo nada tenían de misteriosas: bastaba la buena fe para comprenderlas, y sin el pensamiento que ellas envuelven, la filosofía sin duda no podia dar un solo paso.

Para calificar el poder moral no hai mas que tres medios; sus elementos considerados en sí mismos, su accion y los resultados. Pues bien, sobre lo primero, aun el mismo paganismismo habria pronunciado ya la sentencia; y la historia del corazon, tal como hasta entónces fué comprendida, hizo que los elementos morales estuviesen representados en una luz estéril que alumbrara la virtud y en unas pasiones fecundas que sin cesar precipitaban al hombre en el mal.

## §. I.

“*Muchas veces en mis largos insomnios, decia la Fedra antigua, he discurrido acerca de las debilidades y vicios de la humanidad:—venos el bien, y obramos el mal: conocemos la virtud y nos entregamos al vicio: la vida se halla sembrada de diferentes escollos hácia los cuales nos arrastra una corriente peligrosa.... Al hacer estas reflexiones me creia libre de todo extráño, cuando una pasion culpable ha venido á traspasar mi corazon con un dardo imprevisto.*”<sup>2</sup>

“Esta verdad, así expresada y puesta en accion en el teatro de Atenas por Eurípides, y reproducida con un intervalo de dos mil doscientos años en la escena moderna por Racine, es la mas antigua, la mas constante, la mas universal, y al mismo tiempo la mas inexplicable á la razon entre todas las verdades.”

“Lo que el poeta griego *en sus largos insomnios* no pudo encontrar, y lo que Racine alumbrado por una luz superior

<sup>1</sup> S. Juan, cap. XV, v 5.

<sup>2</sup> Eurípides, tragedia de Hipólito, acto segundo, escena 2.

habia aprendido, es la causa y al mismo tiempo el remedio de esta extraña sujecion de la voluntad del hombre al imperio del mal, y el pensamiento que el poeta francés expresó siguiendo á San Pablo:”

Dios mio, ¡guerra cruel!  
 Dos hombres encuentro en mí:  
 El uno ardiendo por tí  
 Su culto te rinde fiel:  
 El otro indócil, traidor  
 Rebelde contra su rei,  
 Desprecia tu santa lei  
 Y provoca tu furor.<sup>1</sup>

.....  
 En guerra conmigo mismo,  
 De todo bien incapaz,  
 ¿Dónde encontraré la paz  
 En tan miserable abismo?  
 Sujeto á fatal destino  
 Conmigo mismo peleo,  
 Huyo del bien que desco,  
 Y corro al mal que abomino.  
 ¡Oh gracia! con tu poder  
 Líbrame de este enemigo,  
 Reconcíliame conmigo,  
 Restituyeme á mi ser:  
 Y si hasta ahora contrario  
 Fuí á tus bondades, convierte  
 A este esclavo de la muerte  
 En tu esclavo voluntario.”

“Profundicemos esta importante verdad, y arrojémosnos á los abismos del corazon humano, que es el teatro de ella, para contemplarla allí con nuestros propios ojos.”

## I.

“Estamos propensos al mal: este es un hecho evidente. Nuestra voluntad está enferma, y se inclina visiblemente á la violacion de las leyes de nuestra naturaleza moral. Basta que una cosa sea prohibida, es decir, contraria á la razon

<sup>1</sup> Cada uno de nosotros podria decir como Luis XIV cuando Racine le leia estos bellos versos: “¡Oh! á estos dos hombres yo los conozco muy bien.”